

Shahmarán

JON ARRETXE



erein

Shahmarán

1

cosecha roja

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEBRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original:

Xahmaran

Diseño de la colección y portada:

Cristina Fernández

Maquetación:

Erein

© De la traducción:

Cristina Fernández

© Jon Arretxe

© EREIN. Donostia 2009

ISBN: 978-84-9746-549-6

D.L.: SS-1456/09

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: erein@erein.com

www.erein.com

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008 F 943 130 822

e-mail: edizioak@itxaropena.net

www.itxaropena.net

Jon Arretxe

Shahmarán

Traducción de Cristina Fernández

erein

erein argitaletxea

Shahmarán es un ser mitológico del Asia Central. Una cabeza de serpiente y otra de mujer rematan los extremos de un cuerpo de reptil bicéfalo. Es diosa de la sabiduría y guardiana de los secretos. Vive en un oculto mundo subterráneo y tiene la potestad de otorgar la vida, de arrebatársela o de conceder la inmortalidad. Representa la fertilidad, es bondadosa, sacrificada y compasiva; y se la considera transmisora de la felicidad. Es habitual que, en las casas kurdas, las mujeres decoren su dormitorio con dibujos y bordados de la figura de Shahmarán.



Shahmarán

Jon Arretxe

tiempo de CEREZAS

erein argitaletxea

1



–Es imposible que te hayas hecho estos cardenales y quemaduras al caerte de la bicicleta.

La joven paciente ni siquiera parecía escuchar. Permanecía en silencio, absorta, mirando al suelo, aún dándole vueltas en la cabeza a la conversación que acababa de escuchar, hacía unos minutos, en la sala de espera:

“Porquería; estos kanakos no nos traen más que porquería; primero fue la gripe aviar, ahora ésta que, según dicen, viene de los cerdos, y mañana vete tú a saber qué, porque todo viene de fuera... Antes aquí no pasaba nada de esto...”

–¿No me lo vas a contar? –de nuevo la doctora, con expresión grave– ¿Cómo te has hecho realmente estas heridas? *“Nos traen enfermedades, nos quitan el trabajo y, encima, al gobierno le parece normal, eso es lo peor...”*

¿O quién te las ha hecho? –hizo una breve pausa– ¿No quieres denunciar a nadie?

–No –apenas fue audible la respuesta de la chica cabizbaja, pensativa mientras jugueteaba ensortijando entre los dedos los mechones de cabello negro que caían sobre sus hombros.

“Dicen que ellos hacen los trabajos que los alemanes no queremos, pero eso es mentira. ¡Págale un sueldo decente a uno de aquí y verás si acepta o no! Pero vienen éstos y por cuatro perras hacen lo mismo, dejándonos en el paro y, encima, provocando que bajen los salarios...”

Era evidente el malestar que aquella situación le producía a la doctora. Parecía debatirse entre la impotencia y la rabia, por no ser capaz de atravesar el escudo que la separaba de aquella paciente de ojos negros.

–¿Por qué no denuncias de una vez a ese cabrón?

La joven sólo se encogió de hombros.

“Los turcos que ves por la calle tienen pinta de pobres, pero con el dinero que ganan aquí son ricos en su país. ¡Menudos chalets que se hacen cuando vuelven allí! Claro, aquí tienen servicios gratis, les dan ayudas, subvenciones... ¡Y al final todos forrados! ¡Pero si viven mejor que nosotros!”

–Hay muchos motivos –dijo, alzando por fin la mirada, para encontrarse frente a frente con la de su interlocutora. Al mismo tiempo se reacomodó en su asiento, irguiendo la espalda y abandonando su anterior pose retraída. Con ese simple cambio de actitud, la que parecía

una muchachita tímida, sumisa y atemorizada, pasaba a ser, en unos segundos, una mujer, aún cuando joven, curtida por la vida y los desengaños, pero que todavía conservaba un punto de rebeldía; eso era, al menos, lo que se intuía en su mirada, y eso mismo daba un aliento de esperanza a la doctora.

–Comprendo que tengas miedo.

–No es sólo eso.

–Desgraciadamente, he visto demasiados casos de maltrato, pero aquí es posible denunciarlo, muchas mujeres lo hacen.

“Y a los de aquí, ¿quién nos ayuda? Yo misma, separada, con dos hijas... pasando las de Caín, ¿y tú crees que me ha ayudado alguien? Éstos, en cambio, míralos, menudos teléfonos móviles, con cámara y todo, menudos coches... Si es que se ríen de nosotros a la cara, los hombres sin ninguna vergüenza, y las mujeres escondidas detrás de esos dichosos velos suyos...”

–Yo no puedo –sentenció.

–Tú verás lo que haces –la mujer de la bata blanca aguardó un momento en silencio, como dando tiempo a la chica para recapacitar–, pero ya he visto cómo suelen terminar los casos como éste, y si esto sigue igual, cualquier día...

Resopló, desviando la mirada hacia el techo, en un claro gesto de impotencia, como si de nuevo le pareciera baldío cualquier esfuerzo por convencer a la chica.

–Es mi obligación –continuó– dar parte a la policía.

–Si lo hace –replicó, sobresaltada, la mujer agredida–, se acabó para mí. No tengo papeles.

–Ya lo sé, me lo ha dicho Asmîn.

–Seguramente me echarán de Alemania.

–No tiene por qué ser así.

Durante unos segundos nadie dijo nada, hasta que, quien retomó la palabra, lo hizo con gran determinación:

–Siento tener que decirte esto –los ojos claros chocaron con los oscuros–, pero si no lo denuncias no te admitiré nunca más en mi consulta.

Un silencio incómodo y pesado cubrió bajo su manto todo cuanto había en la estancia. La joven permanecía muda, entrando en un estado de regresión que la volvía a hacer inaccesible. De nuevo, cada vez más encogida, parecía engullida por la butaca frente al ancho escritorio caoba de su interlocutora. Como si no quisiera estar allí, su mirada huía a través de la ventana, desde la que tan solo alcanzaba a ver un patio interior gris. Y con parte de su conciencia aún fuera de aquella habitación, dejó escapar un susurro tembloroso, desvelando lo que en realidad le angustiaba en aquel momento, mucho más que las magulladuras que llevaba por todo el cuerpo:

–¿Seguro que estoy embarazada?

–Segurísimo.

Sus ojos se entornaron. Después quedó absorta en una triste meditación, hasta que oyó la pregunta, la misma que le machacaba las entrañas:

—¿Qué vas a hacer?

¡Ojalá lo supiera! La mujer del otro lado de la mesa tomó un bolígrafo y escribió algo en un papel.

—Decidas lo que decidas —estiró el brazo para hacerle llegar la nota—, en este sitio podrán ayudarte. Puedes confiar en ellos, están acostumbrados a trabajar con personas sin papeles.

Café 104 leyó la joven, junto a una dirección. No se le hacía extraño ese nombre.

—No sé si me atrevería a abortar.

—Ésa es tu decisión.

—Y si tuviera el niño —continuó, en tono dubitativo—, no sé si sería capaz de cuidarlo como es debido. Puede que me arrepintiera...

—Si decides interrumpir tu embarazo —le cortó la doctora—, los de *Café 104* te ayudarán a hacerlo de forma segura. Si decides seguir adelante y tener el niño, te ayudarán igualmente —hizo una pequeña pausa para comprobar que estaba siendo comprendida—. Y si después de dar a luz vieras que te resulta imposible salir adelante, podrías contar con otra opción.

—¿Cuál?

—Las *babyklappe*.

—¿Qué es eso?

—Un lugar donde se pueden dejar los bebés. Podrías llevar ahí al niño si no te vieras capaz de hacerte cargo de él. Es un sistema completamente anónimo, se trata de

una especie de ventana colocada en algunos lugares concretos, siempre de manera muy discreta. Nadie te vería dejar al bebé allí, sólo tendrías que abrirla y colocar la criatura en la caja del interior. Y ten por seguro que lo recogerían al momento y quedaría en buenas manos.

La chica no respondió.

–Hay varias *babyklappe* en Munich –añadió la doctora–. Quizás la más cómoda sea la del hospital KMS, está en una de las esquinas del edificio de pediatría. De todos modos, los de *Café 104* te podrán dar más información.

No parecía que la joven tuviera nada más que decir. Permaneció un momento en silencio, concentrada con la mirada fija en un punto indeterminado. Parecía estar procesando toda la información recibida, hasta que, por fin, volvió en sí con un suspiro y se levantó. Tenía un cuerpo de aspecto frágil, esbelto y bien proporcionado.

–Le agradezco –dijo– que me haya atendido en su consulta y que me haya hecho las pruebas que necesitaba.

–No te preocupes por eso –respondió la mujer de la bata blanca, al tiempo que ella también se incorporaba–. Eres amiga de una buena amiga y te deseo lo mejor. Dale recuerdos a Asmîn.

–Lo haré.

Parecía estar todo dicho, así que se despidieron con un apretón de manos. Al salir de la consulta, la joven se dio de bruces con las miradas descaradas de las

dos mujeres teñidas de rubio que esperaban en la sala. Iban muy arregladas, llevaban ropa de *boutique* y sendos bolsos de piel. Sin embargo, todo aquel despliegue de maquillaje, peluquería y *pret a porter*, no servía para disimular la cara de asco que tenían. Quizás tampoco lo intentaban.